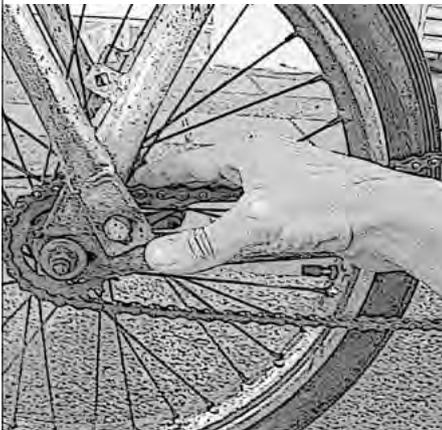


ley eran la espontaneidad, la verdad y la honradez, un espléndido arsenal que el formalismo doblegaba con la indiferencia. Su participación en el conjunto de la alegría se reducía a la mirada y el antojo, pero quedaba a salvo la posibilidad del desvarío de alguna señora curiosa saturada de hormonas y de formas que adivinara en sus caras frescas bien diseñadas y en sus cuerpos jóvenes, sólidos e infatigables una voracidad sexual más eficiente a la hora de la verdad que las artimañas de la etiqueta. Y en la intimidad los muchachos podían expresar y derrochar la ternura, la bondad, la alegría y la serenidad incorporadas a su naturaleza en la habitación amable de sus montañas cargadas de aire bueno. Su vida anunciaba su honestidad, el encanto ideal: el máximo refinamiento es la pureza.



No sobra recordar allí el viejo consejo de don Vicente Huidobro: “Por qué cantáis la rosa, ¡oh Poetas! / Hacedla florecer en el poema”. Otra cosa: las transcripciones. Esos párrafos ajenos que se incluyen en el texto. Yo revisaría aquí la pertinencia de ellos, pues más que agregar, creo que despistan al lector. Por más que vayan en cursiva las líneas prestadas de García Márquez, de Azorín, de Mejía Vallejo, etc., que están ahí señaladas para que uno entienda que hay una afinidad, una coincidencia, un paralelismo entre lo que se está contando y el párrafo que se trae prestado, pero opino que acaban siendo más una demostración de lo leído que es el autor, un despliegue de erudición que poco o nada aportan al lector. Y las comparaciones de nuestra geografía con otras de más prestigio, como señalando

que “no tenemos nada que envidiarle” a Europa o a los Estados Unidos. Hubo un escritor colombiano de gran renombre en su época, un hombre de letras que para hablar de la verdura y la fertilidad del altiplano cundiboyacense decía: “son tierras tan bellas y fecundas como las de la Normandía, como las de Bretaña [...]”. Me parece, con mucha pena, que eso es mirarse con un complejo tercermundista bastante deplorable. Nuestras tierras son feraces y nuestros paisajes pueden ser bellos y, aunque tengamos puntos de referencia de otras latitudes, ese tipo de comparaciones no dejan de ponernos en un plano de inferioridad que no debería ser. Anoto esto porque Peláez en más de una ocasión ejerce este tipo de paralelismos (págs. 20 y 21): “[...] El Retiro [...] no era menos hermoso y evocador que el paisaje de Chartres y su catedral gótica de techo verde y torres desiguales en la llanura de La Beauce, como una muestra de arte medieval francés”. Y, más adelante “era tan abundante y hermosa la riqueza de aguas de El Retiro, como profunda y hermosa la sequedad de Sicilia”. No. No creo que esa sea la forma de nombrar lo nuestro, ni de reivindicarlo ni en Germán Arciniegas ni en Eduardo Peláez: es como decir: ¡mi mujer es casi tan bonita como Penélope Cruz! ¡Vaya piropo! Esos son unos peros y observaciones que yo, lector corriente, señalaría con respecto a este libro que de todas maneras tiene sobrados méritos. Señalaré para terminar otro de ellos, y tal vez el más profundo y doloroso por cuanto forma parte de una historia sufrida y vivida en carne propia: el final del protagonista. Qué forma brutal y limpia de contarnos esa muerte, de un solo tajo salvaje. La forma en que se nos cuenta esa escena sin sentimentalismos, sin lloriqueos, afrontándola con entereza varonil, hacen que el libro se nos convierta de golpe, y anotados los plausibles yerros que fueron mencionados, en una obra que nos toca el corazón y ese no es poco mérito para un libro ni para un autor.

Fernando Herrera Gómez

Otras lecciones de mampostería

El demolidor de Babel

LARRY GUILLERMO MEJÍA
Fundación Editorial el Perro y la Rana,
Caracas, 2010, 119 págs.

UN EPÍGRAFE del escritor venezolano Juan Calzadilla –“No hay obras acabadas, sino abandonadas”– le sirve a Larry Guillermo Mejía como necesaria confesión antes de dar comienzo a su novela *El demolidor de Babel*, publicada en Caracas por la Fundación Editorial el Perro y la Rana. Lo primero que se revela desde la primera persona confesional de un joven escritor, obligado a procurarse de medios económicos como jefe de compras en la construcción de un hospital al sur de Bogotá, es el carácter autobiográfico del libro, más cuando se visita un poco la hoja de vida de Larry Mejía, un viandante y actor de televisión que devino poeta y, como se ve, narrador en ciernes. El asunto hartamente conocido de los rencores y frustraciones de quien roba tiempo a su empresa literaria para poder llevar comida a su plato, se entremezcla con un flujo de conciencia que pasa a ratos del dinamismo y lo vertiginoso a una perorata trastocada en la cual la emoción impide que algo parecido a una novela surja en medio de su relato. Aparece entonces el panfleto y la adolescencia, el discurso plano y los lugares comunes de lo contestatario como simple dejo ‘proletario’:

Trabajar o construir, construir y callar que es lo que Colombia enseña. Construir calladito sin levantar la voz ni el ánimo, haciendo patria de los pedazos de montaña abandonada por la mano de Dios y recordada por los contratos de Estado, del que a partir de ese sábado empezaba yo a ser parte, como una forma más que tiene el destino de darle a uno dos tazas del caldo que menos le gusta.

Empieza entonces la autobiografía con la triste historia de un poeta vestido de civil, hacinado en una breve oficina, descubriendo celadas, robos, haciendo cuentas, amigos, enemistades, yendo constantemente de la escritura a la contabilidad. Con su

RESEÑAS		NARRATIVA
<p>relato Larry Mejía camina los charcos de ciudad, el polvo, las calles, el tráfico de la tarde y el caos grisáceo, al tiempo que se da licencias poéticas y juega a la prosa desde el embelesamiento y la queja. La imagen que me viene a la cabeza no es otra que la de un joven escritor vestido de estudiante, recorriendo la carrera séptima con una Coca-Cola en la mano y un cigarrillo sin prender en la oreja. Entrando a las tiendas y sentándose en cualquier banca a rumiar en un cuaderno cuanto verso suelto le va llegando a la cabeza, citando por citar a Pitágoras o a Schopenhauer, leyendo poemas mediocres de Bukowski y adorando como una colegiala toda clase de poetas nadaístas que devinieron en gente importante, no por nada Larry Mejía –el autor, no el personaje– forma parte de un grupo literario conocido como el negacionismo. Resulta interesante, en todo caso, encontrar siempre manifiesto en este libro el fenómeno más o menos frecuente que recibe al fracaso como una característica central y necesaria en la literatura, generaciones desencantadas, perdedores que garabatean su caída como si se tratase de una carrera a ciegas hacia el abismo. Esto resulta, en el libro de Mejía, francamente aburridor, pues no salimos del estupor cansino y resignado que solo atina a hacer de su narración una suma de llantos que van de lo personal a un buen número de encuentros y relaciones sociales y laborales sin mayor importancia; estos personajes no llegan a tener relevancia efectiva, sobre todo cuando el poeta-narrador no les presta por lo general la palabra más que para interjecciones anodinas, pues todo lo inteligente pertenece a ya se sabrá quién. Los discursos de fondo en todo caso no son sino pretextos para hilvanar teorías inexistentes, ensayos apenas anunciados, nada que justifique el que tantos apellidos célebres lleguen a la boca de los personajes, más que como parapeto de ese negacionismo tan paradójico como inservible:</p> <p>–Hola Suander ¿Cómo estás?</p> <p>–Bien, bien. Me alegra que esté lejos. Cualquier lugar fuera de Colombia es mejor, no regrese, quédese por allá, así sea peor por acá, que es imposible, aquí no pasa nada nuevo ni bueno, aquí todo está peor, ésa es la novedad, que no es novedad, mi</p>	<p>primo Germán se va para Londres, al fin se va, otro que se va </p> <p>imagínese que descubrí un poeta, de putas, se llama Arturo Arcángel, es bogotano y maldice, como quien dice o como digo yo, no maldice, habla, dice la verdad. Ya hablamos una vez por teléfono y tan pronto me quede tiempo del trabajo nos veremos, le voy a mandar un correo con textos del hombre, qué poeta tan bueno, ni se lo imagina, es un maldiciente, un conjurador, un mago, un Zalamea, un Vargas Vila, un Rimbaud, un Horacio, de verdad, agresivo, corrosivo, visceral.</p> <p>Esta cita deja al descubierto, aparte de un espaldarazo editorial a Arturo Arcángel –poeta maldito de carne y hueso–, una de tantas inconsistencias del libro, lo que demuestra una vez más que del afán no queda otra cosa que un desatino editorial. Suander vive en Venezuela aunque, como se entiende en el diálogo, increpa a su interlocutor sobre el mal que significa Colombia. Lo hace al parecer con un Larry Mejía que vive en cualquier lugar excepto en el país. ¿Error? ¿Parte de la estrategia narrativa?</p>  <p>Las conversaciones que el personaje mantiene sirven al libro para dar largas a temas sin importancia tras los cuales yace el mismo y manido trasunto de toda la novela, el desarraigo, el tedio, la labor creativa constantemente abandonada o aplazada en medio de una rutina con banda sonora, ora juvenil, ora mediática, canciones de Fito Páez, de Andrés Calamaro, de Tom Waits. No pierde tiempo Larry Mejía en su diatriba en cuanto quiere</p>	<p>traer a cuento todo lo que identifica nuestra Colombia es pasión, el <i>colombian dream</i> y la enhiesta repulsión que el autor parece tener para con todo lo que signifique colombianidad, Estado, gobierno, sistema, etc. Luego de errar, trabajar, ser despedido, seguir con el ciclo de costumbre y ‘guerrearcela’ como se suele decir por estos lares, el poeta y asalariado continúa vociferando su arenga de niño revolucionario:</p> <p>Con el ir y venir de los días, trabajadores se iban, eran despedidos por reclamar el sueldo, por cualquier cosa, y otros más con la misma esperanza llegaban a diario, a ser tratados como esclavos. A bajarle la frente al arquitecto o al contratista, a correr y cargar, a callar y morir por pedacitos pegados a la obra con cemento marca Argos, dejando aquí lo único que Dios les había dado: la vida. La vida que para poco sirve aquí, aquí solo sirve ser ingeniero para poder tramar con dinero a la interventoría, que trama a Fonade, que trama al gobierno, que explota al obrero, que paga con sangre el pecado de estar vivo, al obrero que se trama con un hospital hecho de sus propios restos.</p> <p>El problema es más que notorio, las palabras gastadas sobre lo mismo y la falta de visión para concretar lo que pretende ser una crítica sociopolítica y salvarle de la futilidad de la charla de paradero de autobuses, de fila de banco, de la quejadera sin fondo tan de moda en algunos lugarillos capitalinos. La idea, entonces, sigue siendo tener un pretexto para gritar, esto es, la construcción de un hospital. Una obra cualquiera donde los males colectivos e individuales convergen frente al contador que funge de poeta cuando el trabajo lo permite, el lugar rebautizado Babel, sin que la palabreja tenga algo que ver con lo que allí se sucede, vidas hablando en la misma lengua de resignación. La Babel recordaría, vista un poco con los ojos de Larry Mejía, esa clase de elevaciones inútiles que a diario construimos entre todos para verlas luego venirse al suelo ante nuestros ojos. En aquel centro de salud de Vista Hermosa, corazón del sur asalariado y humilde de una ciudad de contrastes y abismos sociales exagerados, un demoledor espera su hora para la catarsis:</p>

Entonces el demoledor era yo, y a la vez mi enemigo, así que siendo mi némesis, el miedo hizo su trabajo, el mismo miedo con que se construyen los imperios.

Ladrillo a ladrillo construía la torre y en el vientre de ella empecé a limpiar la suciedad que Colombia me tatuó en el corazón, Colombia que me negó las dos únicas cosas que me importan: estudiar e irme, irme a estudiar lejos del odio a la patria insana.



Este fenómeno *anticolombiano* me recuerda un poco aquel que el autor antioqueño Fernando Vallejo ha demostrado abiertamente. Guardando las proporciones, se entiende por un lado un espíritu crítico sin embargo depurado por el genio y el argumento, aunque a veces se preste más atención al aspecto incendiario de su prosa que al valor ulterior que la sostiene. Vallejo no duda en todo caso en agradecer a Colombia el hecho de haberle dado de qué escribir, lo que seguramente no habría podido alcanzar en Suiza, como lo declarara alguna vez en el suplemento *Babelia* de España. Por lo demás, Vallejo ha tenido la prudencia de ser autobiográfico en un sentido que va más allá del relato de adolescencia que sí significa la novela de Larry Mejía. A menudo representa un enorme problema el escribir un libro de ‘memorias’ con menos de treinta años de edad en el bolsillo, lo cual resulta desde todo punto de vista un atrevimiento bastante costoso. El autor parece, no obstante, saberlo muy bien, y parece proclive a

cometer los suficientes errores en este libro como para convertirse en comidilla de los medios y la crítica, pues siempre es mejor que se hable de alguien, así sea para descalificarlo, en lugar de seguir engrosando la babel de los desconocidos. Larry Mejía habla de nuevo con Suander, su amiga venezolana, y le confía una chiva: en efecto, publicará su novela anunciada, *Babel en el abismo* o *El demoledor de Babel*, una novela que debió haber sido pensada por más tiempo, fuera de las paredes de Babel y no así, aún un mamotreto en obra negra. Haciendo a un lado su oficio contable en el noble arte de la mampostería, Larry se decide y comete su primer error, sin tener mucho que decir, “pues la miseria tiene poca imaginación”, lleva a infeliz término su epopeya y entrega a la imprenta una primer novela, inmadura y leve, que le sirve de despedida ante sus ‘colegas’ de Vista Hermosa:

Locura, bendita seas, y ahora loco, pues no podía ser de otra forma, debo hablar: hermanos albañiles, los pobres, pobres tan pobres, tan llenos de milagros y nombres, tan llenos de sueños, hambre y amores, tan hijos de Dios como todos, debo decirles adiós.

Carlos Andrés Almeyda Gómez

El triste final del *happy-ending*

35 muertos

SERGIO ÁLVAREZ

Alfaguara, Bogotá, 2011, 504 págs.

QUIZÁ LA mayor virtud que puede tener una novela –afirmarlo es ya un lugar común– es la capacidad de capturar el interés y la atención de un lector, impidiéndole abandonar la historia que, más que una historia cualquiera, se convierte en la suya propia. Se trata, en suma, del máximo logro literario: fundir realidad y ficción, hacer del lector un personaje y de los personajes individuos de carne y hueso. Afirmar que *35 muertos*, posee esa virtud es argumento suficiente para reputarla buena –por más ambiguo que sea ese adjetivo– y para recomendar encarecidamente su

lectura. Sin embargo, no ahondar en el contenido y calidad del libro resultaría en extremo simplista y, de alguna manera, injusto con el autor.

En *Los cuatro ciclos*, Jorge Luis Borges sentencia que la literatura no es otra cosa que una constante variación en la forma de contar cuatro únicas historias: la de una ciudad condenada a su destrucción, la de un regreso, la de una busca y la del sacrificio de un dios. La novela de Álvarez toma la tercera forma:

Podemos ver en ella una variación de la forma anterior. Jasón y el Vello-cino; los treinta pájaros del persa, que cruzan montañas y mares y ven la cara de su Dios, el Simurgh, que es cada uno de ellos y todos. En el pasado toda empresa era venturosa. Alguien robaba, al fin, las prohibidas manzanas de oro; alguien, al fin, merecía la conquista del Grial. Ahora, la busca está condenada al fracaso. El capitán Ahab da con la ballena y la ballena lo deshace; los héroes de James o de Kafka solo pueden esperar la derrota. Somos tan pobres de valor y de fe que ya el ‘happy-ending’ no es otra cosa que un halago industrial. No podemos creer en el cielo, pero sí en el infierno.

Un infierno que cobra dimensión real y nombre propio en *35 muertos*: a lo largo y ancho de la geografía colombiana Álvarez explora minuciosamente las dependencias infernales, publica la miseria y el horror que allí se asientan y dominan a los hombres y, con una crueldad digna del dios del Antiguo Testamento, hace padecer a su héroe innominado –porque su nombre jamás es revelado– suplicios innumbrables. La experiencia de este héroe, protagonista y narrador principal –como la del capitán Ahab o la de Josef K.–, está signada por la mala suerte y el fracaso. A la larga, ese protagonista podría ser cualquier colombiano, inscrito en una sociedad regida por los mismos agentes, en donde la muerte llega a confundirse con un consuelo, un alegre exilio permanente. Sufren solo quienes quedan vivos.

La vida entera se me vino encima, pensé en toda la gente que había pasado por mi vida y me di cuenta de que todos ellos estaban muertos, desaparecidos o, simplemente, intentando olvidar el sino de haber nacido